

## Homenaje a Mendilaharsu en el salón de actos del SMU el 7 de agosto de 2002 Discurso del Prof. Dr. Pablo V. Carlevaro

Lo primero que conocí de Carlos Mendilaharsu fue la honestidad. Era a mediados de 1950. Yo había sido recién nombrado secretario general de la Asociación de los Estudiantes de Medicina y estaba encargado –por resolución de la Asamblea– de entregar sendos cuestionarios a posibles candidatos a delegados estudiantiles ante el Consejo de la Facultad.

Una noche –pocos días después– apareció por la casa de la calle San José con el cuestionario en blanco, diciéndome sencillamente que transmitiera que agradecía mucho la nominación, pero que para desempeñar esa tarea tenían muchos más méritos que él, por actuación gremial, Morquio, Boutón y García Austt.

La anécdota –muy sencilla– me permitió conocer uno de los rasgos más conspicuos de su conducta y su personalidad. No fue una forma elegante de librarse del compromiso, pues él probó después, ampliamente, que no era de los universitarios que declinan ese tipo de responsabilidades sino que, muy generosamente –otra invariante de su conducta– aportó mucho de su tiempo a los demás.

Mendilaharsu fue varias veces consejero, integrante destacadísimo –por el aporte de ideas y por su trabajo– de las sucesivas Asambleas del Claustro que elaboraron el plan de estudios del 68, miembro de la Comisión Directiva del Hospital de Clínicas y, por fin, miembro de la Comisión de Ética Médica y Conducta Universitaria. Muy revelador de su espíritu constructivo fue el emprendimiento que impulsó –conjuntamente con Juan Carlos Rey– en el sentido de constituir un espacio de cooperación e intercambio de todas las psico disciplinas reunidas en el área de la salud mental.

A mi entender, dos motivaciones concurren a la vez. Por un lado, la convicción acerca de la fecundidad de la confluencia disciplinaria para crear y renovar el conocimiento. Por otro, la necesidad de antagonizar las tendencias aislacionistas y los modos feudales de realizar el trabajo académico, tantas veces de espaldas a los objetivos de la institución.

Toda su notable facilidad de unirse a otros y **con otros** en emprendimientos colectivos, y esa condición de hijo devoto e incondicional servidor de la Facultad de Medicina, su vocación natural de impulsar del modo más informal, modesto y menos visible el trabajo y el progreso, no impidió –en modo alguno– que la inconfundible impronta de su personalidad pasara desapercibida, más allá de esa actitud personal de fusionar ideas y trabajo en un colectivo mayor. Pienso que una semblanza de la persona Carlos Mendilaharsu podría titularse: acerca del conflicto entre la ingenuidad traviesa y la sabiduría.

De la sabiduría aquí hemos oído pruebas testimoniales de gran valor. Su antigua pertenencia al Instituto de Neurología Américo Ricaldoni, en donde tantas y tan destacadas figuras de la medicina nacional construyeron, durante décadas, una entidad de un valor institucional incalculable. El Instituto generó, en sus miembros, un orgullo legítimo de pertenencia. Para la Facultad, fue un rasgo de distinción que desbordó las fronteras del país. Debí ser director del Instituto. La dictadura lo impidió. Allí Carlos, junto a su esposa Sélíka Acevedo –tan intensa, propia y testimonial compañera– comenzaron con su modesta “policlínica del lenguaje” y se erigieron, naturalmente, nada menos que en los fundadores de una nueva disciplina científica en Uruguay.

A la par que se generó allí una especialidad clínica, se hizo docencia y se creó conocimiento, se ofreció un bellísimo ejemplo de cómo se asocian las ideas con el trabajo para desarrollar nuevas realidades que vitalizan las instituciones de educación superior.

El área de su especialización dentro de la neurología –tan fuertemente vinculada a la actividad mental superior– una antigua atracción por la psiquiatría y la convicción de que el progreso del conocimiento se construye superando las barreras de los límites disciplinarios, lo llevó –ya maduro– al campo del psicoanálisis.

Seguramente él admitiría de muy buen grado que su relacionamiento en Francia con Ajuriaguerra –tan apreciado por los neurólogos uruguayos– tuvo también importante influencia en su vinculación al psicoanálisis, en donde cumplió no sólo una reconocidísima actividad docente sino, también, directriz.

En todo cuanto enseñó, ¿cuál fue el secreto de su éxito? ¿Dónde estuvo la clave de su aptitud docente tan particular? ¿Cómo se explica el magnetismo afectivo que Mendilaharsu ejerció sobre los más jóvenes y la identificación espiritual que logró con quienes aspiraban legítimamente a crecer? Alcanzó la condición de **maestro** –muy por encima de formalidades académicas– mucho más por lo que **fue e hizo**, que por lo que dijo.

Y reflexionando sobre ese arte natural de **ser**, habría que admitir que Carlos Mendilaharsu supo aprender a ejecutar –con admirable solvencia– ese difícil ejercicio práctico de sentirse igual a los demás. Y este sentirse igual tiene connotación ideológica: está en la base de su espíritu profundamente democrático.

Todo lo dicho aquí es fuertemente demostrativo de la enorme sabiduría que en amplios campos de la ciencia acreditó Carlos. No por la formidable acumulación de conocimiento, sino por su manejo con una dinámica operativa tendiente a crear el conocimiento que no existe y, por eso mismo, desafía y compromete un quehacer de búsqueda que, por fin, se reconoce como investigación.

Todos hemos sido beneficiarios del caudal de su formidable cultura que nunca exhibió, sino que se filtraba inevitablemente en la informalidad del diálogo que tanto extrañamos. Alguna vez Sélíka, que es copártcipe legítima e inseparable de todos sus bienes científicos, gestados en la admirable asociación que conformaron, tendrá el ánimo necesario para contarnos más y mejor de su intimidad, de cómo ella supo asistir, lidiar, tolerar y disfrutar el proceso de

la construcción de su formidable cultura.

Sabiduría reconocida, debería justificar, ahora, por qué decía anteriormente que una semblanza de Carlos Mendilaharsu podría versar sobre el conflicto entre la ingenuidad traviesa y la sabiduría. Carlos tuvo siempre la actitud de no reprimir la exteriorización de sus debilidades. La espontaneidad y el estruendo de su risa eran rasgos inherentes a su persona. La preservación de fantasías propias de un niño, otro más. Disfrutaba mientras explicaba su parentesco – para él cierto, sin dudas– con Carlos Gardel y se enorgullecía si alguien detectaba una afinidad fisonómica entre su rostro y el del legendario cantor.

Apenas si conoció a su padre –el poeta Julio Raúl Mendilaharsu– pero una vez me contó con mucho orgullo que su padre fue organizador de una manifestación ciudadana de solidaridad con Augusto César Sandino.

Me aventuro a decir que, en el fantástico caso de una transmutación posible, muchas tardes de ya lejanos fines de semana hubiera querido ser –al menos por un rato logrado merced a una magia que debería haber existido para permitírsele– no un genio de la creación artística o científica, sino, simplemente, Atilio García e Irineo Leguisamo, para citar dos personajes de algunas de sus pasiones confesas tenazmente cultivadas, muy por encima de triunfos o derrotas.

Y hasta creo que recibiría su inmediato asentimiento si dijera que le hubiera gustado acertar a algún juego baladí merced a una bella combinación numérica, mucho más que por la ganancia material por la satisfacción del acierto en sí

mismo, para poder celebrar con motivo la inverosimilitud. Su espíritu travieso hubiera festejado –vaya a saber con cuánta fe en lo sobrenatural ignoto– lo que podría considerarse una hazaña estética del azar.

Reflexionando sobre estos rasgos de su personalidad podríamos llegar a decir que esa ingenuidad traviesa está en la raíz de su admirable capacidad de seguir siendo niño –eternamente niño y siempre travieso– a cualquier edad.

Esa cualidad lo empató con la vida y con la gente común, le abrió el alma a la amistad y a la comunicación con todos, lo dejó incrustado e indeleble –para siempre– en la intimidad de sus tantísimos y tan diversos amigos, de sus discípulos, de sus colegas, de sus pares, de sus pacientes y de cuantos tuvieron el privilegio de toparse con él.

Quizás por aquí habría que buscar la explicación del misterio de que haya sido en tantas cosas como todos –tan democráticamente igual a todos– y, sin embargo, al revisar nuestros recuerdos, no encontremos otro tan singular como él.

Cuanto ahora voy a decir tiene un carácter muy personal. Es la confesión, en público, de algo que me ocurrió al irme del cementerio, aquella mañana en que nos separábamos de su cuerpo. En el tiempo de intercambio y comunicación con Carlos no supe averiguar cuánto le apasionaba la música. Por eso no sé si conocía el Concierto para piano, en re menor, de Mozart. No supe arreglármelas para preguntárselo. Ahora, por pura inhibición, no me atreví a hacerles oír algunas frases –en lugar de emitir estas palabras– para hacerme entender mejor. Los especialistas, y aun los legos, tenemos

más que sabido que el lenguaje de la música no se puede traducir en palabras, aunque sí resulten perceptibles –o al menos así lo creemos– sus significados. El referido concierto era el preferido de Beethoven, lo cual no es poco, y más aun si admitimos que Beethoven expresó en su obra musical todo lo dramático de la existencia humana. Sin embargo, él entrevió el acceso a la alegría a través de la superación del dolor. Aunque dije claramente que nunca hablé con Carlos de aquel concierto, por esa suerte de curiosos y fantásticos mecanismos que tantos de ustedes conocen mejor que yo, sé –sin tener la menor duda– que Carlos se hubiera sentido feliz –ingenuamente feliz– con lo que voy a decir. En su movimiento inicial, ese concierto de Mozart tiene un comienzo sombrío y trágico. Va seguido de un segundo movimiento que es una romanza celestial. El tema principal del “allegro” del último movimiento es –mismo sobre el final– audazmente contrastado, mejor sería decir controvertido, por frases musicales que suenan irónicas y removedoras de la tensión de todo lo que las precede. Esos sonidos son emitidos, con irreverencia, por los instrumentos de viento.

En aquel mediodía tristísimo llovía mansa e incesantemente. Era un cielo asociado a nuestro duelo por la partida de alguien tan vital que siempre pareció la antítesis personificada de la muerte. Al irme del cementerio me sorprendió la irrupción –silenciosa y tenaz– bien adentro mío, del final de aquel concierto. Las brevísimas frases musicales indulgentes y contrastantes que, emitidas por los vientos, disipaban sentimientos de tragedia y alentaban la consolación, parecían decir:

*“Sombras y tristezas terminaron; habida cuenta de ellas, la vida supera el dolor y sigue...”*

Sentí que Mozart había prefigurado, en su lenguaje, esta forma –digna del espíritu de Carlos– para despedirse de nosotros.

A quien que lo haya conocido no sorprendería que Carlos –con su fraterna y constructiva generosidad– nos hubiera dicho:

*“Que pare la lluvia. Mi peripecia terminó pero la vida sigue, pues hay mucho bueno por hacer aún”.*